

III. NECROLÓGICA EN HONOR DEL EXCMO. SR. D.
FRANCISCO J. CASTEJÓN CALDERÓN

TRAVELER'S CHECKS
IN THE STATE OF TEXAS

INTERVENCIÓN DEL DR. D. ANICETO LÓPEZ FERNÁNDEZ

Una vez más se hacen realidad los viejos tópicos: ¡Parece que fue ayer!, ¡Cómo pasa el tiempo!, pero qué verdad encierran y llegan a adquirir su significado más completo cuando se aplican al caso de D. Francisco Castejón. Hace nada que cerrábamos el curso pasado con aquella espléndida lección impartida por el Dr. Domínguez Vilches sobre su figura rememorando aquellos primeros años de la Universidad de Córdoba. En esa sesión tan emotiva y celebrada en su honor participó D. Francisco, no exento de un esfuerzo intenso que le engrandeció como persona, y con sus propias palabras alabó la labor de su padre en esta Real Academia y recordó cómo quedó grabada en su memoria desde la niñez la imagen de esta docta Casa, a la que perteneció como Académico Correspondiente desde 1966 y como Numerario desde el 22 de mayo de 2003.

Y al cabo de poco más de un mes de aquella memorable sesión académica, nos dejó como consecuencia de la grave dolencia que padecía. Hace tan sólo cinco meses que compartía su sillón con nosotros, precisamente su discreción le llevaba a sentarse en la segunda fila junto al pasillo central, y hoy de nuevo le rendimos homenaje, aunque desgraciadamente ahora de forma póstuma.

Tengo que escarbar en la cava de mis recuerdos y de mi memoria hasta llegar al año 1972, año en el que conocí a D. Francisco. Entonces yo estudiaba segundo de carrera y él impartía las clases de Bioquímica a aquellos futuros biólogos que recibíamos las clases integrados en el extinto Colegio Universitario dependiente de la Hispalense y financiado por la Diputación Provincial, que tan acertadamente dirigió D. Manuel Medina, que fuera también compañero de D. Francisco. Por aquel entonces él formaba parte del excelente plantel de profesores que nos transmitían sus conocimientos, la mayoría catedráticos de la Facultad de Veterinaria. Como docente, actividad que D. Francisco siempre desempeñó con dedicación exclusiva en el hermoso edificio de Medina Azahara a lo largo de cuarenta y siete años de vida profesional, desde que el 10 de marzo de 1948 obtuviera una plaza de profesor ayudante de "Fisiología, Química Biológica e Higiene" hasta su jubilación en 1995, tengo que destacar la claridad y profundidad, no exentas de amenidad, con que impartía las clases siempre atento a que comprendiésemos los objetivos y naturaleza de sus explicaciones. Básicamente esta misma opinión es compartida también por dos de mis hermanos veterinarios, alumnos de D. Francisco y que como el que os habla también tuvieron la fortuna de recibir sus doctas lecciones.

Pocos años después, en 1976, cuando ya había concluido mis estudios universitarios, me incorporé como Profesor Ayudante de Ecología a la docencia universitaria y le conocí en otra faceta diferente de su larga y fructífera carrera universitaria: la de Presidente de la Comisión Gestora que empezó a regir los destinos de nuestra Universidad con categoría de Rector desde sus inicios el 17 de diciembre de 1972 hasta el 8 de marzo de 1977. De esta Comisión formaba parte como Secretario General una persona

especialmente querida por mí como es D. Félix Infante Miranda, íntimo colaborador de D. Francisco en esos momentos tan extraordinariamente complejos y difíciles de nuestra naciente Universidad. Viene a mi memoria la celebración de algunas reuniones en la actual sala mudéjar del Rectorado, donde entonces se leían las tesis doctorales, en las que se nos convocaba al profesorado para recibir de primera mano, la de D. Francisco, las cuitas y explicaciones de cuantos asuntos concernían al gobierno de la Universidad; tal era el grado de transparencia que quiso imprimir durante su mandato.

Su preocupación por conocer las condiciones en que se realizaba la docencia y la investigación en la segunda mitad de los años 70 del pasado siglo era tal, que visitaba, incluso sin anunciarse, los por entonces precarios despachos compartidos que teníamos los jóvenes docentes; allí aprovechaba para preguntarnos sobre nuestras necesidades. Particularmente recuerdo su preocupación por la entonces siempre escasa bibliografía de la que disponíamos para preparar nuestra docencia, que por cierto en el caso del que os habla en algún momento, y después de pensarlo mucho –piensen que yo era un joven aprendiz de profesor e investigador y D. Francisco era la máxima autoridad académica-, le llegué a transmitir que, en mi disciplina, la bibliografía era particularmente muy escasa; por supuesto no ocurrió nada y con la mirada de bondad que siempre le caracterizaba me respondió que habría que ponerle remedio cuanto antes. También en varias ocasiones visitó el laboratorio de Farmacología, Toxicología y Veterinaria Legal, en el que yo realizaba mi investigación en Ecología preparando la tesis doctoral y mis primeras publicaciones, lógicamente compartidas con otros profesores y además amigos que me ganaban en experiencia, entre ellos debo citar los trabajos que realicé como coautor con su hijo Paco, con el que guardo una grata amistad desde aquellos añorados tiempos.

En el laboratorio, donde él conocía la precariedad que los caracterizaba, siempre se interesaba por el estado de nuestros trabajos, por los progresos y por las dificultades, conversaba con nosotros y nunca faltaba ese hálito de ánimo que nos transmitía, y a la vez nos espoleaba, para continuar en nuestras tareas investigadoras, especialmente en la pronta lectura de la tesis y en la subsiguiente preparación de oposiciones a la Universidad.

En una tercera etapa, cuando ya dejó de ser el primer Rector de nuestra Universidad, le conocí como compañero y maestro en las tareas docentes, porque hasta el año 1985 los biólogos y los químicos seguimos compartiendo espacio común en la antigua y entrañable Facultad de Veterinaria, lo que nos permitía entablar a diario conversaciones en los despachos y con más asiduidad en los pasillos, dando lugar al fomento de la amistad entre los profesores de la Facultad de Ciencias y los de Veterinaria. Esta fue una etapa irreplicable en nuestras singladuras universitarias, porque desde que hace años ambas Facultades se trasladaran al Campus de Rabanales se perdió en gran medida esa enriquecedora relación intelectual y humana entre sus respectivos docentes. Años después nos encontramos en la Institución que hoy nos acoge, la Real Academia, a la que él solía asistir con asiduidad antes de que su enfermedad se lo prohibiese. Aquí conversábamos de nuevo sobre variadas cuestiones y, sobre todo, de aquellos tiempos pasados, a la vez que nos ponía al tanto sobre su estado de salud. D. Francisco, al igual que en las etapas anteriores, en la Academia se mostraba como una persona cordial, amable y accesible a la conversación y al trato personal, como una persona de la que guardo un entrañable recuerdo.

Viene a mi memoria cómo a propósito de una carta que remitió a esta docta Casa decía sentirse identificado con lo que D. Juan Valera expresaba en la página 69 del volumen que sobre él publicó esta Academia y que D. Francisco acababa de recibir,

haciendo alusión a la merma de las facultades con la edad, que, sin embargo supo sobrellevar hasta el final con extraordinaria dignidad y resignación propias de su acendrada fe cristiana.

No viene al caso hacer una exégesis de sus méritos científicos y académicos, que fueron muchos, ni una fría enumeración de las múltiples distinciones, condecoraciones y honores que recibió en su dilatada trayectoria profesional, pero sí me van a permitir ustedes que destaque algo que hará que su nombre permanezca para siempre en los anales de esta ciudad y ello es que fue el primer Rector de ese fruto ya plenamente maduro que es hoy nuestra Alma Mater, la Universidad de Córdoba, el universitario que impulsó sus primeros pasos y que como tal le fue reconocido con la concesión de la medalla de oro durante el mandato de nuestro compañero académico el ex-Rector Eugenio Domínguez. Un timbre de gloria que nadie podrá disputarle.

Adiós, mi viejo Profesor, mi querido Rector, mi compañero de la Universidad, de la Academia y mi amigo. Tu enseñanza, honradez y bondad seguirán quedando como ejemplo a seguir entre quienes tuvimos la fortuna de compartir momentos entrañables e irrepetibles.

INTERVENCIÓN DEL ILMO. SR. DR. D. JOSÉ ROLDÁN CAÑAS

Francisco Castejón Calderón, Catedrático de Fisiología y Bioquímica de la Facultad de Veterinaria de la Universidad de Córdoba, Decano de la misma, Presidente de la Comisión Gestora, primer Rector de hecho, de la recién creada Universidad de Córdoba, Presidente del Consejo General de Colegios Veterinarios y, lo que hoy nos compete, Académico Numerario de esta Real Academia de Ciencias, Nobles Artes y Bellas Letras desde el 22 de mayo de 2003 y, previamente, Académico Correspondiente desde el 5 de febrero de 1966, nos abandonó el pasado mes de agosto con la serenidad a la que habitualmente no tenía acostumbrados.

Aunque el reglamento de régimen interior de esta Academia establece la convocatoria de una sesión pública para leer la necrológica, por parte de otros académicos, con ocasión del fallecimiento de un compañero, debo aclarar, previamente, que mi intervención no viene obligada por la existencia de esta disposición reglamentaria sino por mi respeto hacia el finado. Es más, creo que los homenajes se les deben dar a las personas en vida para que ellas puedan participar del disfrute que el respeto y la admiración de los demás le tributan. Para mí, esta Real Academia ya había satisfecho este requisito cuando, premonitoriamente, le había dedicado la sesión de clausura del curso 2007-2008, el pasado 19 de junio, a la que él, con notable esfuerzo, había correspondido con su presencia y con sus siempre vigorosas palabras de agradecimiento.

Pudiera parecer paradójica mi intervención con estas palabras de justo homenaje a Francisco Castejón. Soy ingeniero agrónomo, lo que por maldicientes voces se entiende como contrapuesto a Veterinario, y soy discípulo del profesor Alberto Losada, que en reñida elección le privó de ser el "primer Rector" de la Universidad de Córdoba. Nada más lejos de esta supuesta paradoja ya que, como universitario, debo reconocer

su contribución a la formación de la Universidad de Córdoba, y, como académico, su participación en las tareas de esta casa. Tengo guardada la carta que me dirigió con motivo de mi nombramiento como Académico Numerario y en la que excusaba su presencia por un recrudescimiento de su enfermedad. En ella no había referencias a estos aspectos de mi vida; más bien al contrario aludía “*a que mi ingreso correspondía al rango y prestancia que evento tan importante merecía*”. Puedo hablar también por boca del profesor Losada para afirmar que Don Francisco se ganó el reconocimiento de su sucesor por su probada honestidad y grandeza de miras. En un tono más personal, recuerdo mi primer contrato como Profesor Ayudante de la Universidad de Córdoba firmado el 1 de octubre de 1975 por el Profesor Castejón como Presidente de la Comisión Gestora de la Universidad de Córdoba.

Ligado por lazos de sangre a esta Academia, él ya se consideraba un miembro de la misma, *en su parte burocrática*, desde los ocho años de edad cuando ayudaba a su padre, el insigne Rafael Castejón y Martínez de Arizala, a preparar los sobres donde se enviaban los Boletines a los miembros de esta casa.

Como ya he comentado, el papel más relevante que le correspondió en su vida universitaria fue poner en marcha la Universidad de Córdoba en 1972. Aunque nunca fue Rector, como a él mismo le gustaba recordar, su papel equivalía al de un Rector y, si cabe, con la responsabilidad de partir de cero en la formación de un nuevo ente que, en sus treinta y seis años de vida, tanto ha aportado a la sociedad cordobesa. Eran tiempos difíciles, de transición, donde las personas formadas a lo largo de muchos años de dictadura debieron adaptarse a nuevos aires de convivencia y democracia. Su trayectoria debe ser analizada desde la perspectiva de esos años y no desde la visión actual. Su no elección como primer Rector en 1977 fue aceptado por el Profesor Castejón con el reconocimiento de los resultados electorales, prueba de un gran talante y de una notable compostura. Y lo que es más importante, su vida universitaria hasta su jubilación en 1988 transcurrió dentro de márgenes estrictamente académicos, sin ninguna interferencia en la gestión y dirección de los órganos de gestión universitaria, lo que debería ser un ejemplo a seguir.

La modestia presidió su vida y, junto a su continua aclaración de que nunca fue Rector de la Universidad de Córdoba, en sus palabras de agradecimiento a la Academia con motivo de su homenaje dijo, con total convencimiento, “*no he recibido este reconocimiento por méritos personales, sino por la benevolencia de mis compañeros*”.

Aunque su presencia física no sea ya posible entre nosotros, sus palabras, sus gestos, su comportamiento, su caballerosidad, deben perdurar como un modelo para todos.

INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. D. JOAQUÍN MORENO MANZANO

El Excmo. Sr. D. Francisco Castejón y Calderón de la Barca nació en Córdoba y fue bautizado el 20 de marzo de 1923.

Nació el seis de marzo a las once de la noche, hijo de Don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, bautizado en la parroquia de San Pedro de Córdoba hace veintinueve

años y de Doña María Isabel Calderón de la Barca y de Uclés, bautizada en la parroquia de Utrera, Sevilla, hace veintitrés años y casados en la parroquia de Utrera hace tres años.

Se le puso por nombre Francisco Javier José Tomás de la Santísima Trinidad, fueron sus padrinos D. Tomás Ruiz Gutiérrez y la abuela materna.

Contrajo matrimonio en la parroquia del Salvador de Córdoba con la señorita Elisa Montijano Carbonell. Nacieron una niña y cinco varones, uno de ellos ha continuado la vocación familiar como catedrático de la Facultad de Veterinaria.

El profesor Castejón, inició los estudios de Bachillerato en el Instituto Nacional de Enseñanza Media de Córdoba, con excelente calificaciones, siendo uno de los tres mejores alumnos de su promoción. Terminó los estudios de bachillerato en el año 1939 a la edad de 16 años. Al año siguiente comenzó sus estudios de veterinaria, en la antigua Escuela de Veterinaria de la calle Encarnación Agustina. El haber adelantado un curso durante el bachillerato, le permitió incorporarse a los cursos intensivos de veterinaria que se realizaron en la postguerra. Este hecho junto con la capacidad de trabajo y la enorme facilidad para asimilar los conocimientos, le permite terminar sus estudios de veterinaria a los 18 años, consiguiendo en un gran número de asignaturas de la Licenciatura, las calificaciones de Sobresaliente y Matrícula de Honor. Ingresó en el escalafón de catedráticos numerarios de Universidad con fecha 10 de marzo de 1948, a la edad de 25 años.

La labor investigadora del Profesor Castejón comenzó muy pronto, encontrándose trabajos originales publicados en las revistas de la época desde el año 1943. Al principio, dentro del campo de la Patología Infecciosa como por ejemplo "Sobre la residencia del virus de la peste porcina" publicado en Ciencia Veterinaria en el año 1943 o "Contribución al estudio de la anemia infecciosa de los équidos" publicado en Zootecnia en 1944. Posteriormente, dentro el campo de la Fisiología y Química Biológica, con trabajos como "Contribución al estudio de la reacción de Cuboni", publicado en el Boletín de Zootecnia, 1946 y Metabolismo mineral, en la misma revista. En colaboración con el profesor Rodríguez Delgado, entonces en la Universidad de Yale, la investigación se centró en la implantación de electrodos y estimulación intracerebral del toro de lidia. Es también de destacar la creación por el profesor Castejón del Laboratorio de Grupos Sanguíneos y Polimorfismos Bioquímicos. Posteriormente los trabajos de investigación del profesor Castejón se centraron en el control de la postura y de la locomoción de las reses bravas durante la lidia. De estos, se han publicado diversos trabajos y numerosas conferencias.

En la Facultad de Veterinaria de Córdoba fue catedrático durante cuarenta años y jefe del Departamento de Ciencias Fisiológicas desde su creación hasta su cese a petición propia el 31 de octubre de 1983, y Decano desde 1966 a 1969. El 22 de mayo de 2003 fue nombrado Académico Numerario siendo su discurso de ingreso "Médicos de hombres y de animales en la antigüedad". En el año 1964 se le concede el Ingreso con categoría de encomienda en la Orden del Mérito Agrícola.

Gracias Francisco por tu amistad y trabajos. Pedimos a Dios te tenga entre los elegidos.